

Un Combray de lujo

Esta versión de la primera parte de 'En busca del tiempo perdido' constituye un bello viaje ilustrado a la infancia y juventud de su autor

J. ERNESTO AYALA-DIP

Tengo un amigo que un día me confesó que leyó 'En busca del tiempo perdido' siendo ya mayor. Entre los cincuenta y sesenta años. Me dio una explicación que me pareció verosímil, tanto si era cierta como si no. Me dijo que lo empezó a leer en la traducción de Pedro Salinas a

los veinte años. La empezó y quedó empantanado en la página de la magdalena mojada en un té o tita, como traduce ahora Mauro Armiño. Mi amigo había leído ya tanto sobre esa imagen literaria, tantas reflexiones, tantas teorías, que siempre le pareció que con eso sólo se podía extraer de Marcel Proust todo lo estético, narrativa y psicológicamente aprovechable que daba aquel célebre pasaje, uno de los más famosos de la historia de la literatura universal. Mi amigo me siguió argumentando que todo el tiempo que debió emplear en leer 'En busca del tiempo perdido' lo dedicó a leer a Homero, a

Virgilio, a Dante, a Cervantes, a Sterne, a Balzac, Flaubert, Dickens y Dostoievski. Cuando cumplió los 55 años, atacó la novela de Proust y la acabó. Me dijo que si la hubiera leído a los 20, él (otros tal vez sí) no la hubiera entendido en toda su dimensión estética, narrativa y filosófica. El que esto escribe le da la razón porque por leerla mucho antes que su amigo no la entendió mejor. Tuvo servidor que releerla a la misma edad que su amigo la leyó por primera vez. Servidor ahora ha releído la primera entrega de 'Por la parte de Swann', según la traducción de Mauro Armiño (corrigiendo su propia traducción del año 2000), 'Combray'. La editorial Nórdica edita ahora la primera parte. No saben si seguirán en esta línea, es decir, magníficamente edita-

da e ilustrada por Juan Berrio. 'Combray' es la primera parte de un volumen de 'En busca del tiempo' perdido que sólo con leerlo, sin completar todo el ciclo de la gran novela proustiana, ya tendría la literatura universal una pieza egregia, y sobre todo,



COMBRAY
MARCEL PROUST

Trad.: Mauro Armiño. Ilus.: Juan Berrio. Ed.: Nórdica. 272 páginas. Precio: 23,95 euros (ebook, 9,99)

un cambio de rumbo en su desarrollo posterior. Aquí ya tenemos, además de la famosa magdalena mojada en una infusión que despierta el tiempo perdido de su narrador (y también de su autor), el mundo familiar de la niñez y adolescencia de Marcel (que no Proust), la descripción admirativa del mismo Marcel del señor Swann; también aparecen el escritor Bergotte y el pianista y compositor Vintuil. Leer 'Combray' ya es estar en el mundo de Marcel Proust. Es estar en el tiempo perdido, ese tiempo que Gilles Deleuze indicó que no hacía tanto referencia al tiempo perdido sino al tiempo que Marcel perdió viviendo como vivió. Esta edición que comento es inmejorable. Ojalá Nórdica pueda seguir editando el resto de la obra proustiana.

Elvira Navarro y la multinovela

Narrativa. La protagonista cuenta historias ajenas por no afrontar la suya propia con la figura materna



IÑAKI EZKERRA

El de la novela es el género literario más poroso. Lo admite todo. Admite las historias con un final cerrado y con un final abierto. Admite el sentido narrativo que el autor puede dar a un argumento desdibujado por el sinsentido existencial. Admite la constatación pura y dura de ese sinsentido tanto en las vidas de los personajes como en el propio planteamiento novelesco. Una de las expresiones que más explícitamente dan fe de esa porosidad del género es 'la novela cajón de sastre' en la que, como su nombre indica, cabe el contenido más dispar y misceláneo. Sería esta última modalidad del género la que justificaría un texto como 'Las voces de Adriana', en el que se ofrece una amplia pluralidad de propuestas narrativas.

Dividida en tres bloques, el primero arranca con un largo tramo que parece responder a su título: 'El padre'. En efecto, se nos narra en la voz de una tercera persona omnisciente la relación de Adriana, la protagonista, con una figura paterna que no ha acabado de reponerse de unos serios contratiempos en su salud, entre ellos un infarto cerebral que lo mantuvo internado varios meses en un deprimente geriátrico, y que, de regreso a su casa en Valencia, se resiste a dejar de fumarse dos



LAS VOCES DE ADRIANA
ELVIRA NAVARRO

Ed.: Random House. 144 páginas. Precio: 17,90 euros (ebook, 7,99)

cajetillas diarias de tabaco y a otros cuidados que aplazarían su deterioro. Dicho tramo narrativo consigue atrapar la atención del lector por la lograda, coherente y amena narratividad con la que se describe esa simpática relación paterno-filial. Adriana se comporta con su progenitor como una buena hija, a la vez que nos informa de la frenética lista de novias que éste fue coleccionando, una vez que hubo enviudado, a través de los servicios de contactos que ofrece Internet.

De la descripción, más o menos verosímil, de algunas de esas mujeres que fueron ocupando efímeramente la vida de su padre, Adriana da un injustificado salto a las propias historias rocambolescas que algunas de esas mujeres le proporcionaron y que ella se molestó en atrapar en breves prosas de escritora en cier-

nes que rompen no ya la unidad sino la dirección del argumento. Quizá esos pinitos literarios que Elvira Navarro atribuye a su heroína puedan encajar con un perfil de profesora de universidad licenciada en Filosofía, como es el caso. La objeción que cabe es que no resultan en absoluto sustanciosas sino más bien forzadas y sintomáticas del posterior desmoronamiento en el que se adentra el libro. De ahí, éste pasa a la insana adicción que Adriana manifiesta a las redes sociales y a otro servicio de contactos que le reporta alguna experiencia escabrosa que trata también de llevar al papel con un humor que resulta amargo y fallido. Hay un sintomático momento en 'La casa', la segunda de las partes de la novela (en la página 93 concretamente), que amaga una explicación poco convincente de esa errancia narrativa: «¿Por qué en todo ese tiempo había sido incapaz de escribir sobre su universo materno y en cambio se había dedicado a fabular con las historias de los demás? ¿De qué tenía miedo?»

La pregunta queda en el aire y no la resuelve la segunda mitad de la novela en la que, de la madre pediatra, con la que no congenió la protagonista, da otro nuevo salto en el vacío a una abuela que nos arrastrará un tanto forzosamente a la manoseada temática de la



La escritora onubense Elvira Navarro.

Guerra Civil y a la historia de sus dos hermanos adolescentes, Roque y Sebastián, que fueron fusilados una infausta noche de septiembre de 1936. La voz de la anciana se alternará con la de Adriana y la de su madre en el bloque temático que cierra el volumen -'Las voces'- y que adopta la textura de un diálogo o quizá más bien de una suma de monólogos teatrales en los que se introducen algunos fragmentos en verso.

¿Es esta última entrega de Elvira Navarro un ajuste de cuentas con la figura del padre o de la madre? ¿Es el drama de una hija que elige a uno de ambos? ¿Es eso que llaman una 'novela coral' o es un regreso a la problemática

de la 'memoria histórica'? ¿Es su tema el de los ligues internáuticos, el de las redes sociales, el de la muerte de los seres queridos o el de las voces que oye una mente atormentada? Aunque quizá todas esas propuestas se hallen latentes en estas páginas, carecen de la enjundia que las decante por una ellas. La duda que inspira 'Las voces de Adriana' es si nos encontramos ante un 'cajón de sastre' en el que cabe una diversidad de materiales literarios de distinta naturaleza pero al servicio de un proyecto novelesco o más bien ante lo que podría denominarse una multinovela, en la cual se habrían apiñado varios proyectos distintos.